RUEDAS – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO DEL ARRABAL NORESTE GUAYAQUILEÑO

Por frente a la covacha pasaba el tranvía eléctrico. Se lo vela desde la ventana

Era la distracción de Felisa. Felisa se retrepaba en un cajón vacío de gasolina, apoyaba cabaza y brazos sobre el alféizar, y esperaba el paso del tranvía para contemplarlo. Nada más. No le interesaban las gentes que lo colmaban en ciertas horas del día. Solo le interesaba el carro mismo, cuyas ruedas rechinaban sobre las paralelas y cuya obra muerta se sacudía ---como la de las barcas en el mar nervioso--- con la velocidad desconcertada.

Los rieles se tendían por encima de un muro de cascajo, elevado sobre el nivel de la calle lodosa, sabana en albor de urbanización.

Desde su observatorio, a filo de ojos, Felisa podía mirar las ruedas. Le era preciso forzar un movimiento de cuello para ver lo demás, abandonando su posición cómoda.

Sería por eso tal vez que no se preocupaba sino de aquella parte que le era más fácil mirar: las ruedas.

Desde lejos, arrastrándose más que revolviéndose sobre los aceros faltos de grasa, anunciaban la llegada del tranvía con un chirrido agudo y penetrante que se metía oído adentro como un punzón.

Felisa conocía la voz vibrante de las ruedas. Distinguía sus acentos. A veces entendía que venían alegres, rientes, jubilosas. Eso sucedía casi siempre por las mañanas. Ya anochecido, las ruedas iban cansadas, vencidas por la fatiga de la jornada laboriosa. Entonces, su grito no era ya como un campanillar ni como una clarinada. Se lo percibía sordo, ronco, ancho, semejante a la hueca percusión de una tos de pecho.

Además, la voz de las ruedas se modelaba en palabras.

Los seis años de Felisa habían hecho ese descubrimiento trascendental.

Las ruedas hablaban y se podía dialogar con ellas. Respondían a las preguntas y preguntaban a su turno. Daban los buenos días y las buenas noches, como muchachitas bien educadas. En ocasiones muy raras, estarían tan contentas y serían tan dichosas que hasta cantaban.

Felisa las comprendía. Le decían:

--- ¿Có-mo-es-tás? ¿Có-mo-es-tás?

Ella contestaba:

--- Bien

Y las ruedas se alejaban, repitiendo, quizás satisfecha de la salud de su amiguita:

--- Bien… Bien… Bien…

Hasta que la distancia aullaban de dolor, al doblarse para la curva violenta de la línea.

Cuando Felisa no estaba asomada al ventanuco, las ruedas, extrañadas, la llamaban:

--- Fe-li-sa… Fe-li-sa…

Sobre su muleta y su piernecilla útil, Felisa corría a atender el requerimiento urgente.

Las ruedas la saludaban, y ella correspondía a la salutación.

Un día, Felisa escuchó a un tartamudo, de quién se mofaban las gentes vecinas. Se entristeció. Las ruedas hablaban así, gangeando un tanto… Quién sabe de ellas también se mofaban las gentes…

A la tarde las increpó. No había que balbucear, cortando las palabras. Estaba muy feo eso. Todos se mofarían.

Las ruedas enmendaron su vicio. Jamás volvieron a hablar de esa laya. Ahora su voz se arrastraba suavemente en los enlaces de las sílabas, pero ya no tronchaba en los gangueos cascados.

Felisa se dio cuenta entonces de que las ruedas la obedecían porque la amaban.

Ellas las amaba, también. Extraordinariamente.

No amaba tanto a su muñeca de cartón, recuerdo de las navidades últimas. No amaba tanto a su carretilla de madera, modelo chiquitín de aquella en la que el padre vendía, por el suburbio aledaño, helados de color "a una minuta".

Por eso Felisa quería tocar las ruedas. Acariciarlas, besarlas. Abrazarlas como a la pepona.

Ella no sabía que las ruedas son como las aves grueras que destrozan a las palomas indefensas. Como los jaguarillos, que devoraban a los pequeños perros. Como trapiches para moler la carne de los hombres… Ella solo las había oído cantar…

Cierta mañana, Felisa logró hurtarse a la vigilancia casera. Salió a la calle, trepó la calzada y se quedó sentadita, cerca de la línea, esperando el paso del tranvía.

Se había puerto el trajecito blanco de domingo. Su carita estaba ancha y risueña. Los cabellos, que parecían azumados en negro, caían sobre sus hombros en rizos ligeros. La muletita, colocada junto a la pierna paralítica, aparentaba una levedad de junquillo. Todo era un cuadro gracioso bajo el sol de media mañana, sobre la miseria de la calle sórdida.

El tranvía se aproximó. Intentó detenerse. Alguien indicó a Felisa que se apartara de la vía.

Pero Felisa estaba cerca de una rueda. Iba a besarla. La toco, primero, cariñosa.

La rueda giró despacio.

Felisa se aproximó más a ella.Y la rueda giro a prisa, arrastrando a la chiquilla.

Fue un remolino de hilachas blancas y un salpicar de sangre, como cuando las aves gruesas destrozan a las palomas indefensas.

Ahora todas las ruedas cantaban.